

REUNIÓN DEL FORO ECONÓMICO MUNDIAL DE DAVOS

Ricardo Cortes

El 25 de enero comenzó en Davos la reunión de referencia que agrupa en este conocido centro de esquí de los Alpes suizos a unas 2.000 personalidades destacadas de la economía, la política, la ciencia e incluso el arte (primeros ministros y ministros de Asuntos Exteriores y de Economía, políticos eminentes, gerentes de grandes bancos de inversión, profesores de economía de universidades famosas, premios Nobel, directores de multinacionales, gerentes de grandes fondos de inversión, etc.). Este año aproximadamente la mitad de los 400 políticos participantes proceden del Tercer Mundo. A lo largo de la reunión se escuchan conferencias, más o menos atendidas según la importancia del orador, se celebran coloquios, y, lo que es sin duda lo más importante, políticos, economistas y hombres de negocios pueden celebrar conversaciones privadas, sin público y sin periodistas, sobre los asuntos que les preocupan.

Mucho ha cambiado el ambiente desde el año pasado. Entonces era claramente triunfalista: la economía norteamericana iba bien, lo mismo que la mundial, superadas en gran parte las consecuencias de la crisis asiática, y los problemas, o mejor dicho las materias, a tratar eran la "nueva economía" creada por Internet, el aumento de la productividad mundial consiguiente, y cómo hacer llegar esa prosperidad al resto del mundo. Este año ese optimismo se ha disipado por completo. Según recientes declaraciones de Greenspan, presidente de la Reserva Federal, el crecimiento de la economía norteamericana en el primer trimestre de 2001 será muy próximo a cero o incluso cero, muy lejano del 5% de los 5 últimos años. Se teme que esta enorme desaceleración de la economía norteamericana se extienda a todo el mundo llegando a producir una recesión mundial.

Desde luego, las cifras son inquietantes: el

enorme déficit por cuenta corriente norteamericano se cubriría ampliamente con un fuerte flujo de capitales (unos 400 mil millones de dólares el año pasado) hacia Wall Street, atraídos por la prosperidad norteamericana, notablemente superior a la europea, que hacía subir las cotizaciones de las empresas; por un dólar cada vez más fuerte respecto al euro, y por unos tipos de interés más altos. La situación ha cambiado radicalmente: los tipos europeos y americanos se están aproximando; el euro sube respecto al dólar; y Wall Street ha caído desde su máximo en marzo pasado, en especial el Nasdaq (que agrupa las empresas de internet y tecnología de la información), que ha bajado un 50%, y sus empresas punteras, que han caído aún más, como Yahoo, que ha bajado un 89%. Desde marzo se multiplican los datos estadísticos que muestran una debilitación de la economía real norteamericana: por ejemplo, la caída en la producción industrial y minera americana en el último trimestre de 2000 fue la más fuerte desde la recesión de 1990-91, y el porcentaje de utilización de la capacidad industrial norteamericana, un 80,3%, fue el más bajo desde hace 8 años. Ese cambio radical en las expectativas podría causar un vuelco violento en los flujos de capital, que abandonaría Wall Street para volver a Europa. Además, la caída en el crecimiento de la economía norteamericana provocará inevitablemente una disminución en la demanda de importaciones de ese país, que son en gran medida las exportaciones de Latinoamérica y Extremo Oriente, que bajarán poniendo en peligro la recuperación de esos países de la crisis de 1998-99, extendiéndose a ellos la desaceleración norteamericana.

No es pues extraño que los expertos estén preocupados y se muestren pesimistas. Según uno de ellos, norteamericano, la caída en la actividad económica ya se ha producido; el problema es averiguar si tendrá la forma de una L

(caída seguida por una actividad reducida durante un tiempo que podría prolongarse), o de una U (disminución gradual seguida de una subida gradual) o de una V (caída en picado seguida de una subida igualmente rápida). La caída en forma de U sería aceptable y no produciría una recesión; si adoptase la forma de V sería aún mejor porque acabaría pronto, pero la caída en L, que algunos creen posible, sería la antesala de una recesión de consecuencias y duración imprevisibles. Parece imposible averiguar cuál de los tres modelos, L, U o V, se impondrá finalmente, pero un grupo de destacados economistas asistentes a Davos, con un optimismo que suena un poco (o bastante) forzado, han pronosticado que la caída será en V, es decir, corta y rápida y con recuperación este mismo año, aunque, sin duda para cubrirse, añaden que podría tener a corto plazo efectos penosos, tales como un aumento del paro en EE.UU., problemas estructurales crecientes en Japón y violentas fluctuaciones en los tipos de cambio, causadas por desequilibrios en las balanzas fiscales y de cuenta corriente. Otro asistente, Alan Binder, profesor de economía en Princeton y exvicepresidente de la Reserva Federal cree que el crecimiento de la economía norteamericana bajará del 5% de 2000 a entre el 2 y el 2,5% este año, un descenso muy fuerte que puede suponer un aterrizaje de "movido a violento" (*bumpy to hard landing*). Es la primera vez en 10 años, añadió, que hay una seria posibilidad de recesión, con un 33% de probabilidades de que ocurra. Por ello, Mr. Binder cree que la Reserva Federal continuará bajando los tipos de interés. Por el contrario, el profesor de economía de la universidad de Bonn, Jürgen von Hagen, cree que el Banco Central Europeo no los bajará en los próximos 6 meses por miedo a la inflación. Tampoco está muy convencido de que la economía europea, aunque cree que se va a recuperar, pueda reemplazar a la americana como motor del crecimiento mundial.

En este panorama preocupante puede darse por seguro que la posibilidad de una recesión mundial será la materia principal de las conversaciones privadas entre los participantes. Otra fuente de preocupación es la posibilidad de un cambio más o menos fuerte en la política exterior norteamericana, tanto en el terreno estrictamente político (por ejemplo, el mantenimiento de fuerzas americanas en Kosovo) como en el económico. El presidente

Clinton dio pruebas de que su país estaba dispuesto a aceptar las obligaciones derivadas de ser la única gran potencia mundial. Decidió las intervenciones militares en Somalia (que fueron un fracaso total) y en Kosovo, y las intensas intervenciones financieras que ayudaron tan eficazmente a Méjico a salir de su crisis de 1995 y a los países de Asia Oriental de la crisis de 1997-98. Por el contrario, el nuevo presidente George W. Bush ya dijo en la campaña electoral que retiraría las fuerzas americanas de Kosovo. Tanto sus consejeros económicos como un sector muy importante de los que le votaron y de los miembros conservadores del Congreso son claramente conservadores en el terreno económico internacional, miran con recelo a los organismos económicos internacionales como el Banco Mundial y el FMI (curiosamente en esto coinciden con los protestatarios de Davos) y se inclinan claramente hacia una política económica internacional unilateralista. Por otra parte, el hecho de que la victoria de Bush en las elecciones haya sido muy discutible, y que republicanos y demócratas estén igualados en el Senado y casi lo estén en la Cámara de Representantes, hace que sea poco probable un cambio brusco en la política económica exterior, lo que tranquiliza algo a los europeos.

Entre las intervenciones de los representantes de las compañías de la industria informática y de Internet destacó la del director de SAP, la empresa alemana de software, hasta hace poco enormemente exitosa, que hace pocos años hizo su entrada triunfal en la bolsa de Wall Street. El director, con una franqueza brutal muy germánica, dijo que su reciente "*joint venture*" (empresa conjunta) con INTEL, la empresa norteamericana de software, había sido un fracaso total que les había costado 250 millones de dólares, un fracaso causado por "un modelo de negocio procedente de la utopía", que pone de manifiesto la dificultad de alianzas de empresas de países con tradiciones empresariales muy diferentes, como son la alemana y la norteamericana. Las presentes dificultades de Daimler-Chrysler, una empresa conjunta comenzada con tan buenos auspicios, lo prueban también. Estos hechos deberían hacer más prudentes a los entusiastas de la globalización en este terreno.

Nos faltan por tratar las intervenciones de los políticos del Tercer Mundo. Repitieron las

habituales quejas contra la creciente desigualdad entre países pobres y ricos, y el carácter sesgado del comercio internacional que supelementalmente favorece sólo a los primeros. Quizá la mejor intervención fue la del recién elegido presidente de Méjico, Vicente Fox, que dijo: "Los intentos de endulzar la presente forma de globalización con políticas compensatorias no son suficientes... hay un descontento e inquietud espirituales tanto en los países ricos como en los pobres... es preciso encontrar un nuevo motor de crecimiento económico que suponga una gran expansión de la participación de la ciudadanía en el mercado, para que entren en el mundo de los ordenadores y de Internet los millones de personas hoy excluidos". Al contestarle el inteligente ministro de finanzas francés, Laurent Fabius, recalcó la necesidad de que los líderes políticos y económicos occidentales ganen la batalla de la opinión pública, evitando ser caricaturizados por los extremistas de la antiglobalización.

Nos referiremos también al "Anti-Davos", una reunión antiglobalización y anticapitalismo, llena de buena voluntad y de utopía, celebrada simultáneamente con la de Davos en

Porto Alegre (Brasil), y organizada por el director general de "Le Monde Diplomatique" con algunos intelectuales de izquierda franceses que añoran los buenos tiempos de su juventud, cuando participaban en la revuelta estudiantil en el París de 1968, unidos al movimiento brasileño de izquierdas "Campesinos sin tierra" y otros grupos izquierdistas de ese país. La influencia francesa era evidente: muchos de los principales debates fueron entre intelectuales franceses.

Sin embargo, sería un error tomar a guasa esta reunión. Representa el clima de opinión de ciertos intelectuales –sobre todo franceses y americanos– muy influyentes en muchas ONG y en un sector nada despreciable de la juventud estudiantil europea y americana, que se subleva contra la presente ortodoxia económica y busca confusamente un nuevo camino más altruista y generoso para salir del subdesarrollo, aunque tenga una clara tendencia hacia la utopía. Lo que es más, en el propio estado de Portoalegre gobierna el Partido de los Trabajadores. Portoalegre es uno de los estados de Brasil mejor gobernados, con calles limpias, transporte público eficiente y un comercio animado.